

Todos desconocen la situación; todos ignoran la fuerza general de las cosas y atribuyen los sucesos á tal ó cual persona, exagerando ridículamente el poder individual.

Según sus odios ó sus amores, la pasión crea milagros, crea monstruos, crea héroes. La corte acusa de todo á Orleans ó á Lafayette.

Lafayette mismo, á pesar de su natural firme y frío, se torna imaginativo; no está lejos de creer también que todo el desorden es obra del Palais-Royal.

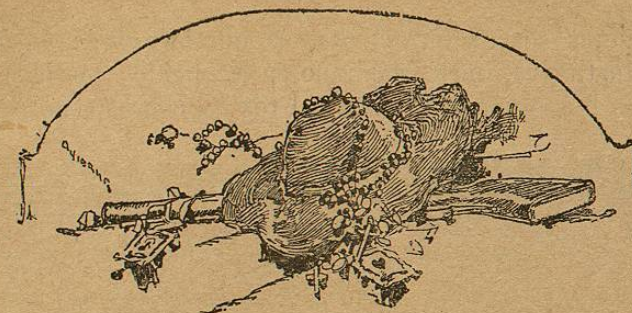
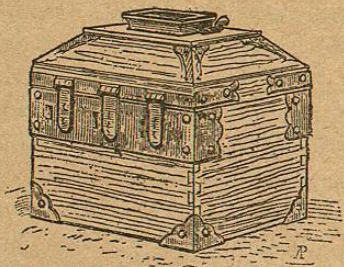
Un visionario se levanta en la prensa, Marat, crédulo, ciego, que lleva la acusación á donde sus sueños le arrastran, pidiendo la muerte un día para uno y otro para otro; comienza por afirmar que el hambre es la obra de un hombre; que Necker ha acaparado los trigos de todas partes para que París no los encuentre en ninguna.

Marat comenzaba entonces. Todavía consigue poco. La prensa acusa, pero vagamente; se queja, se indigna como el pueblo, sin saber concretamente lo que quiere hacer. Ve bien que habrá un segundo acceso de revolución. Pero ¿cómo? ¿En qué momento y con qué objeto? No lo sabe decir.

Para la indicación de los remedios, la prensa, el nuevo poder, agigantado por la impotencia de los demás, es también impotente.

En los días que preceden al 5 de Octubre, la Asamblea hace poco, el Hotel de Ville hace poco... Todo el mundo, sin embargo, siente que un gran hecho se aproxima.

Mirabeau recibe un día á su librero de Versalles, hace salir á sus tres secretarios, cierra la puerta y le dice: «Mi querido Blaisst, bien pronto veréis aquí grandes desdichas, mucha sangre. Por amistad he querido preveniros. No tengáis miedo; para los bravos y honrados como vos no hay peligro.»



CAPÍTULO VIII

El pueblo va á buscar al rey: 5 de Octubre de 1789

El pueblo sólo encuentra un remedio: ir á buscar á su rey.—Posición egoísta de los reyes en Versalles.—Luis XVI no puede obrar en ningún sentido.—Orgía de los guardias de corps, 1.º de Octubre.—Insultos á la escarapela nacional.—Irritación de París.—Miseria y sufrimientos de las mujeres.—Su compasión valerosa.—Invaden el Hotel de Ville, 5 de Octubre.—Marchan á Versalles.—La Asamblea advertida.—Maillard y las mujeres delante de la Asamblea.—Robespierre apoya á Maillard.—Las mujeres ante el rey.—Indecisión de la corte.

El 5 de Octubre ocho ó diez mil mujeres fueron á Versalles; muchos del pueblo las siguieron. La guardia nacional obligó á Lafayette á conducirla allí aquella misma noche. El día 6 se apoderaron del rey y le obligaron á residir en París.

Este gran movimiento es el más general que presenta la Revolución después del 14 de Julio. El de Octubre fué casi tan unánime como el otro, en el sentido, al menos, de que los que no tomaron parte deseaban el suceso y se alegraron todos de que el rey fuera conducido á París.

No hay que buscar aquí la acción de los partidos; hicieron muy poco.

La causa real, cierta para las mujeres y para la multitud más miserable no fué otra que el hambre. En Versalles, habiendo desmontado á un caballero, mataron y se comieron el caballo casi en crudo.

Para la mayoría de los hombres, pueblo ó guardias nacionales, la causa del movimiento fué el honor, el ultraje hecho por la corte á la escarapela parisién, adoptada por Francia entera como signo de la Revolución.

¿Hubiesen marchado los hombres á Versalles si las mujeres no hubiesen precedido? Es dudoso. Nadie antes que ellas tuvo la idea de ir á buscar al rey.

El Palais-Royal en 30 de Agosto partió con Saint-Huruge, pero era para llevar quejas, amenazas á la Asamblea que discutía el veto.

Aquí solo el pueblo tuvo la iniciativa; solo fué á tomar al rey, como solo tomó la Bastilla.

Las mujeres son, seguramente, lo que hay *más pueblo*, quiero decir, más instintivo, más inspirado en el pueblo. Su idea fué esta: «Falta el pan, luego vamos á buscar al rey; si está con nosotros, se ten-



Desmontando á un caballero mataron y se comieron el caballo casi crudo. (Pág. 243)

drá cuidado de que el pan no falte. Vamos, pues, á buscar *el panadero!*...»

¡Sentido inocente y sentido profundo!... El rey debe vivir con el pueblo, ver sus sufrimientos, sufrir con él y partir con él la vida.

Las ceremonias del casamiento y las de la coronación tienen mu-

chas cosas semejantes; el rey se desposa con el pueblo. Si la realeza no es tiranía, tiene que ser matrimonio; ha de existir comunidad entre los cónyuges, que vivirán, según la base que la Edad Media resumía en



...Tocó generala y arrastró á todas las mujeres del barrio. (Pág. 250)

una sabia frase: «Con un pan y en un lecho.» ¿No era una cosa extraña y antinatural, propia solamente para endurecer el corazón de los reyes, el tenerlos en aquella soledad egoísta, rodeados de un pueblo artificial de mendigos dorados para hacerles olvidar el pueblo?

¿Cómo extrañarse de que estos reyes se hayan tornado duros y bárbaros?

En su retiro y soledad de Versalles ¿cómo hubieran podido impedir ellos mismos llegar á este punto de insensibilidad?

El espectáculo que les rodeaba era brutalmente inmoral: ¡un mundo hecho expresamente para un hombre!...

Solamente allí se podía olvidar la condición humana, firmar, como hizo Luis XIV, la expulsión de un millón de hombres, ó como Luis XV, especular en harinas, acaparándolas.

La unanimidad de París había destruído la Bastilla. Para conquistar la Asamblea necesitaba ponerse de acuerdo, estar unánime.

La guardia nacional y el pueblo comenzaban á dividirse. Para reunirlos, para hacerlos marchar al mismo objeto, hacía falta nada menos que una provocación de la corte. Ninguna habilidad política hubiera bastado para conseguirlo; hacía falta una bestialidad.

Este era el verdadero remedio; el único procedimiento para salir de la intolerable situación en que todo estaba detenido.

El partido de la reina hubiera hecho esa bestialidad, si para ello no hubiera tenido un gran obstáculo: Luis XVI. No ha habido nadie en el mundo á quien repugnara tanto abandonar sus costumbres.

Sacarle de sus cacerías, sus rezos y su acostarse tempranito, hacerle llegar tarde á las comidas y la misa, ponerle á caballo, en campaña, como vimos á Carlos I en el cuadro de Van-Dyk, no era cosa fácil. Su buen sentido coadyuvaba también, haciéndole ver cuánto arriesgaba en declararse contra la Asamblea nacional.

Al mismo tiempo, esta misma adhesión á sus costumbres, á las ideas de su educación y de su infancia, le indisponía contra la Revolución más aún que la disminución de la autoridad real.

Así, no supo ocultar su descontento por la demolición de la Bastilla.

El uniforme de la guardia nacional llevado por sus gentes y sus criados, convertidos en tenientes y oficiales; tal músico de su capilla cantando la misa vestido de capitán, eran espectáculos que le ofendían la vista; ordenó á sus criados «se guardaran de aparecer en su presencia con un vestido de tan mal gusto.»

Era muy difícil mover al rey ni en un sentido ni en otro.

En las discusiones era demasiado incierto y vacilante, pero en sus viejas costumbres, en sus ideas adquiridas, testarudo, invenciblemente obstinado.

La reina misma, á quien amaba demasiado, no hubiera ganado nada por la persuasión.

El temor y el miedo tenían menos influencia aún sobre su espíritu; sabía bien que era el Señor, inviolable y sagrado; ¿qué podía temer?

La reina estaba entretanto rodeada de un torbellino de pasiones, de intrigas, de celo interesado; los prelados y los señores, toda aquella aris-

toeracia que tanto la había denigrado, se estrechaba alrededor de ella, llenaba sus habitaciones, la conjuraba de hinojos y con las manos enlazadas á que salvara la monarquía.

Según ellos, sólo la reina tenía genio y valor; hija de María Teresa, había llegado el momento de mostrarse digna de su madre...

Además, otras dos clases, bien diferentes, daban valor á la reina; de una parte los bravos y dignos caballeros de San Luis, oficiales y gentilhombres de provincias que le ofrecían su espada; de otra parte los arbitristas, que enseñaban planes inauditos, se encargaban de ejecutarlos y respondían de todo... Versalles era el asiento de estos Fígaros de la realeza.

Se hacía una santa liga alrededor de la reina. El rey sería arrastrado por el amor de ella y no resistiría más...

El partido revolucionario no podría hacer más que una campaña corta; una vez vencido perecería.

Por el contrario, el otro partido, compuesto por todos los grandes propietarios, podía costear muchas campañas, alimentar la guerra muchos años... Para que el razonamiento fuera bueno, era preciso solamente suponer que la unanimidad del pueblo no habría de atraer al soldado, y que éste no recordaría jamás que venía del pueblo y era el pueblo mismo.

Los celos que dividían al pueblo y á la guardia nacional, enardecieron sin duda á la corte, la hicieron creer en la impotencia de París y, fiada en esto, arriesgó una manifestación prematura que debía perderla.

Llegaban á Versalles los nuevos guardias de corps para el servicio del trimestre; eran buenos realistas de provincias, sin alianza con París ó con la Asamblea, extraños al nuevo espíritu, trayendo todos los prejuicios de familia, las recomendaciones paternas y maternas de servir bien al rey, al rey solo.

Este cuerpo de guardia, en el que sólo había algunos amigos de la libertad, no había prestado juramento y llevaba aún la escarapela blanca. Se pensó en traer como jefes á los oficiales del regimiento de Flandes y algunos de otros cuerpos.

Para reunirlos se les dió un gran banquete, al que se admitió á algunos oficiales elegidos de la guardia nacional de Versalles, á quienes se creía poder arrastrar á la causa de la corte.

Conviene saber que la ciudad de Francia más odiada por la corte era aquella que mejor la veía: Versalles. Todo el que no era empleado ó servidor del castillo era revolucionario. La vista constante del fausto, de la esplendidez, de aquel mundo orgulloso, despreciador, encendía odios, envidias, ira.

Aquella disposición de los habitantes les había hecho nombrar teniente coronel de su guardia nacional á un sólido patriota, hombre soberbio y violento llamado Lecointre, mercader de telas. La invitación hecha á algunos oficiales fué causa del descontento de los otros.

Una comida de militares podía haberse celebrado en una fonda ó en otra cualquiera parte; el rey, ¡hecho nuevo!, concedió su magnífica sala de teatro, donde no se había dado fiesta alguna desde la visita del emperador José II.

Los vinos se prodigan de orden del rey. Los reunidos brindan por la salud del rey, de la reina y del delfín; alguno tímidamente, en voz baja, propone brindar por la nación, pero nadie quiere oírle.

Al final se deja entrar á los granaderos de Flandes, á los suizos y á otros soldados. Beben locamente y admiran los fantásticos reflejos de aquel singular salón, cuyas paredes cubiertas de espejos multiplican las luces y las figuras.

Las puertas se abren. Son el rey y la reina... El rey volvía de su cacería. La reina, bella y llevando á su hijo en brazos, recorre las mesas... Aquella gente joven, en contacto con los reyes, enloquece, se desconoce...

La reina—conviene decirlo—menos majestuosa que en otras épocas, no había desalentado nunca los corazones que se le ofrecían, y ahora no se desdeñó en colocar en su peinado una pluma del casco de Lauzun...

La tradición afirma que la declaración osada y grosera de un simple guardia de corps fué acogida sin cólera y no tuvo más castigo que una frase de ironía cariñosa.

¡Tan bella y tan desgraciada!... Al salir con el rey la música toca al aire conmovedor: «¡Oh Ricardo, oh mi rey! ¡el universo te abandona!» Todos se conmovieron... Muchos arrancaron sus escarapelas y tomaron la de la reina, la negra escarapela austriaca, declarándose á su servicio.

Casi todos arrancaron sus escarapelas tricolores y, volviéndolas, las mostraron por el forro, que era blanco.

Continuaba la música, cada vez más apasionada y ardiente; toca la marcha de los Hulanos, suena la carga... Todos se levantan buscando al enemigo.

No hay ningún enemigo al frente, y á falta de él invaden el castillo, recorriendo todas las habitaciones.

Perseval, ayudante de campo d'Estaing, creyéndolos adversarios, se refugia en el gran balcón, dando voces de alarma. Entonces se fija en la escarapela blanca. Un granadero de Flandes se acerca y Perseval se arranca del pecho una condecoración y se la da al granadero.

Un dragón quiere escalar desde fuera el balcón, y no pudiendo por su embriaguez, quiere suicidarse.

Otro, mitad ebrio, mitad loco, comenzó á gritar, llamándose á sí mismo espía del duque de Orleans, se hizo una pequeña herida, y sus compañeros, disgustados, lo mataron casi á patadas.

La embriaguez de aquella loca orgía parece comunicarse á toda la corte.

La reina da las banderas á los guardias nacionales de Versalles y les dice «que está encantada.»

El 3 de Octubre nuevo banquete; las lenguas se desatan, la contrarrevolución se desenmascara; muchos guardias nacionales se retiran llenos de indignación... El uniforme de guardia nacional no entra más en casa del rey.

«No tenéis corazón en llevar tal uniforme—dice un oficial á otro.»

En la gran galería, en los departamentos las damas no dejan circular la escarapela tricolor, de sus pañuelos y sus encajes hacen ellas mismas escarapelas blancas y ellas mismas las colocan. Las señoritas se enardecen recibiendo el juramento de estos nuevos caballeros y se dejan besar la mano: «Tomad esta escarapela, guardadla bien; es la buena, la única que quedará triunfante.» ¿Cómo rechazar de aquellas lindas manos aquel signo, aquel recuerdo?

Y esto era la guerra civil, la muerte, la Vendée próxima... Y la que así hablaba era una rubita, casi una niña, que andando el tiempo habría de ser madame de Lescure y de Rochejacquelin.

Los bravos guardias nacionales de Versalles apenas podían defenderse. Uno de sus capitanes había sido, mal de su grado, asaltado por las damas y adornado con una enorme escarapela blanca.

El coronel, mercader de telas, Lecointre, se sintió lleno de indignación. «Cambiarán estas escarapelas antes de ocho días—dijo con firmeza—ó todo estará perdido.»

Tenía razón. ¿Quién podía desconocer en aquellos momentos la fuerza todopoderosa del signo? Los tres colores era el 14 de Julio y la victoria de París; era la Revolución misma.

Allá abajo un caballero de San Luis corre cerca de Lecointre y se declara contra todos campeón del color blanco. Brama, injuria, insulta... Este apasionado defensor del antiguo régimen no era ningún Montmorency, era sencillamente el yerno de una criada de baja estofa de la reina.

Lecointre va derecho á la Asamblea y pide al comité militar exija el juramento de los guardias de corps. Viejos guardias que estaban allí, dijeron que jamás se obtendría. El comité no hizo nada, temiendo provocar alguna colisión, hacer correr la sangre, y esta prudencia fué justamente la causa de que corriera.

París sintió vivamente el ultraje hecho á su escarapela; se decía que había sido ignominiosamente destrozada, pisoteada.

El día mismo del segundo banquete, en la noche del sábado 3, Danton tronó en el club de los Cordeliers. Burgueses y gentes del pueblo se veían mezclados en los cafés, en el Palais-Royal, en el faubourg San Antonio, al final de los puentes, en medio de las calles.

Circulaban rumores terribles sobre la guerra próxima, sobre la liga de la reina y de los príncipes con los príncipes alemanes, sobre los uniformes extranjeros verdes y rojos que se veían en París, sobre las harinas